

LA SOCIEDAD, EL ESTADO Y LA ADMINISTRACION PUBLICA*

CARLOS MARX

I. INTRODUCCION

El número 60 del Vorwärts contiene un artículo titulado: "El rey de Prusia y la reforma social", firmado: "Un prusiano". El supuesto prusiano comienza por reproducir el contenido de la real orden del gobierno prusiano sobre el levantamiento de los trabajadores de Silesia y la opinión sobre ella del diario francés *La Réforme*.

La relación social entre la política y las dolencias sociales, nos permitirá explicar por qué el levantamiento de los tejedores no podía "*asustarle*" demasiado al rey de Prusia, sino contra la burguesía. Como aristócrata y mo-

narca absoluto el rey de Prusia es incapaz de amar a la burguesía. Todavía menos puede asustarse de que aumenten su servilismo y su impotencia, merced a una situación tensa y difícil con el proletariado. Además, el católico ortodoxo es más enemigo del protestante ortodoxo que del ateo, lo mismo que el legitimista lo es más del liberal que del comunista. No es que el ateo y el comunista sean más afines al católico y al legitimista, sino que éstos les son más ajenos que el protestante y el liberal, toda vez que están fuera de su ámbito. La oposición directa del Rey de Prusia, como político, se halla en la política, en el liberalismo. La oposición del proletariado existe tan poco para el rey como éste para el proletariado. El proletariado debería haber adquirido ya un poder firme para ahogar las antipatías, las diferencias políticas, y atraerse toda la enemistad de la política. Por último, el carácter del rey,

* Este título es convencional para la edición del INAP. Originalmente se denomina: "Notas críticas al artículo "El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano". Por tanto, ha sido preparado especialmente por esta ocasión, motivo por el cual se ha agregado igualmente, un capítulo convencional. El artículo fue publicado, con el título señalado, en agosto de 1844 dentro del número 64 de la Revista *Vorwärts*. Nota del Editor.

tan aficionado a lo *interesante e importante*, tenía que serle incluso una sorpresa agradablemente excitante el encontrar en su propio país y propiedad, ese pauperismo tan "*interesante*" y "*del que tanto se habla*", y con ello, una ocasión de dar qué hablar otra vez de sí. ¡Qué delicia habrá sentido al enterarse de que ya posee un pauperismo "propio", real y prusiano!

Nuestro "prusiano" ha sido aún más desafortunado al negar que el "sentimiento religioso" sea la fuente de la real orden ministerial. ¿Por qué no es el sentimiento religioso la fuente de esta orden ministerial? Porque es "Expresión bien SOBRIA del arte cristiano del Estado", "SOBRIA" expresión de una doctrina que "no conoce dificultades ante su única medicina: los buenos sentimientos de los corazones cristianos".

¿No es el sentimiento religioso la fuente del arte cristiano del Estado? Una doctrina cuyo remedio universal son los buenos sentimientos de los corazones cristianos ¿no se basa en el sentimiento religioso? ¿Es que una expresión del sentimiento religioso deja de serlo por ser sobria? Incluso me atrevo a afirmar que tiene que ser un sentimiento religioso muy pagado de sí y muy embriagador el que, negando que el "ESTADO Y LAS AUTORIDADES" puedan "REMEDIAR LOS GRANDES MALES", busque ese remedio en "LA UNION DE LOS CORAZONES CRISTIANOS".

Este tendría el *susto* y el *sentimiento religioso* del rey, por la fuente de la orden ministerial. Incluso verá en este documento el sentimiento de las grandes reformas que se

ciernen sobre la sociedad burguesa. El "prusiano" corrige a *La Réforme* de la siguiente manera:

"Ni el rey ni la sociedad alemana ha llegado a "presentir su reforma", incluso por los levantamientos en Silesia y Bohemia. Es imposible que un país *apolítico* como Alemania perciba la miseria parcial de los distritos fabriles como una cosa general, pública, y menos aún como un mal de todo el mundo civilizado. Lo ocurrido es para los alemanes como cualquier sequía o hambre *locales*. En consecuencia el rey lo toma como un deficiencia *administrativa* o de *beneficencia*. Esta razón y los pocos soldados que bastaron para acabar con los pobres tejedores, hacen que al rey y a las autoridades no les dieran ningún *susto* la demolición de las fábricas y máquinas. Más aún, ni siquiera el sentimiento religioso ha dictado la orden ministerial. Esta es una expresión bien sobria del arte cristiano del Estado y de una doctrina que no conoce dificultades ante su única medicina: los "buenos sentimientos de los corazones cristianos". Pobreza y crimen son dos grandes males. ¿Quién puede remediarlos? ¿El Estado y las autoridades? No, sólo la unión de todos los corazones cristianos".

El supuesto prusiano niega el *susto* del rey, entre otras razones, porque bastó con unos pocos soldados para vencer a los pobres tejedores.

O sea, que en un país en el que banquetes con brindis liberales y liberal espuma de champán —recuérdese la fiesta de Düsseldorf— provocan una real orden del gobierno, en que no fue preciso ni un solo soldado para aplastar los antojos de libertad de prensa y Constitución de toda la burguesía liberal; en un país en que la obediencia pasiva se halla al orden del día; en un país así, el tener que emplear la fuerza armada contra pobres tejedores ¿no es un acontecimiento, además terrible? Y los pobres tejedores vencieron en la primera confrontación. Sólo los refuerzos enviados después pudieron sofocar el levantamiento. ¿O es que el levantamiento de una masa de trabajadores es menos peligroso, porque no necesita de un ejército para ser sofocado? Que el juicio prusiano compare el levantamiento de los tejedores de Silesia con los levantamientos de los trabajadores ingleses, y los tejedores de Silesia dejarán de parecerle unos pobres tejedores.

La relación general entre la política y las dolencias sociales, nos permitirá explicar por qué el levantamiento de los tejedores no podía *asustarle* demasiado al rey. Por lo pronto, el levantamiento no iba dirigido directamente contra el rey de Prusia, sino contra la burguesía. Como aristócrata y monarca absoluto, el rey de Prusia es incapaz de amar a la burguesía. Todavía menos puede asustarse de que aumenten su servilismo y su impotencia, merced a una situación tensa y difícil con el proletariado. Además, el católico ortodoxo es más enemigo del protestante ortodoxo que del ateo, lo mismo que el legitimista lo es más del libe-

ral que del comunista. No es que el ateo y el comunista sean más afines al católico y al legitimista, sino que éstos les son más ajenos que el protestante y el liberal, toda vez que están fuera de su ámbito. La oposición directa del rey de Prusia, como político, se halla en la política, en el liberalismo. La oposición del proletariado existe tan poco para el rey como éste para el proletariado. El proletariado debería haber adquirido ya un poder firme para ahogar las antipatías, las diferencias políticas, y atraerse toda la enemistad de la política. Por último, al carácter del rey, tan aficionado a lo *interesante e importante*, tenía que serle incluso una sorpresa agradable excitante el encontrar en su propio país y propiedad, ese pauperismo tan *interesante* y del que tanto se habla; y con ello, una ocasión de dar qué hablar otra vez de sí. ¡Qué delicia habrá sentido al enterarse de que ya posee un pauperismo propio, real y prusiano!

Nuestro prusiano ha estado aún más desafortunado al negar que el sentimiento religioso sea la fuente de la real orden ministerial.

¿Por qué no es el sentimiento religioso la fuente de esta orden ministerial? Porque es "expresión bien SOBRIA del arte cristiano del Estado", "SOBRIA" expresión de una doctrina que "no conoce dificultades ante su única medicina: los buenos sentimientos de los corazones cristianos".

¿No es el sentimiento religioso la fuente del arte cristiano de Estado? Una doctrina cuyo remedio universal son los buenos sentimientos de los corazones cristianos ¿no se basa en el sentimiento religioso? ¿Es que una expresión

del sentimiento religioso deja de serlo por ser sobrio? Incluso me atrevo a afirmar que tiene que ser un sentimiento religioso muy pagado de sí y muy embriagador el que, negando que el "ESTADO Y LAS AUTORIDADES" puedan "REMIEDIAR LOS GRANDES MALES", busque ese remedio en la "UNION DE LOS CORAZONES CRISTIANOS". Muy embriagador es el sentimiento religioso que —como confiesa el "prusiano"— encuentra que todo el mal reside en la falta de sentido cristiano y, por tanto, remite a las autoridades al único medio que puede fortalecer ese sentido: la "exhortación". Según el "prusiano" los "sentimientos cristianos" son el fin de la orden del gobierno. Es natural que el sentimiento religioso, cuando es embriagador, cuando no es sobrio, se tenga por el único bien. Allí donde ve algo malo, lo atribuye a su ausencia; y es que, como él es el único bien, tampoco puede producir sino el bien. Así que la orden ministerial, como dictada por el sentimiento religioso, lo impone en consecuencia. Un político que tuviese un sobrio sentimiento cristiano, no buscaría en su "desconcierto" la "ayuda" de la "exhortación del devoto predicador de los sentimientos cristianos".

Entonces, ¿cómo demuestra el supuesto prusiano a *La Réforme* que la orden del gobierno no procede del sentimiento religioso? Describiendo en todo la orden del gobierno como un producto del sentimiento religioso. ¿Cabe esperar de una cabeza tan ilógica comprensión de los movimientos sociales? Oigamos cómo charla sobre la relación de la sociedad alemana con el movimiento obrero y en

general con la reforma social.

Distingamos lo que descuida el "prusiano", distingamos las diversas categorías asumidas en la expresión *sociedad alemana*: gobierno, burguesía, prensa, por último, los mismos trabajadores. Tales son las diversas masas de que aquí se trata. El "prusiano" hace de ellas una masa, para condenarla, acto seguido, desde su elevado punto de vista. La sociedad alemana, según él, "ni siquiera ha llegado a presentir su reforma".

¿Por qué le falta este instinto?

"Es imposible, —responde el "prusiano"— que un país *apolítico* como Alemania perciba la miseria parcial de los distritos fabriles como una *cosa general, pública* y menos aún como un mal de todo el mundo civilizado. Lo ocurrido es para los alemanes como cualquier sequía o hambre LOCALES. En consecuencia el rey lo toma como una *deficiencia administrativa y de b .neficiencia*.

II. POLITICA Y PAUPERISMO

Es decir, que el "prusiano" explica esta falsa concepción de la miseria de los trabajadores a partir de la *idiosincrasia* de un país *apolítico*.

Hay que conceder que Inglaterra es un país político. También hay que conceder que Inglaterra es el país del pauperismo, palabra que incluso, es de origen inglés. Mirar a Inglaterra es, por consiguiente, el experimento más seguro

para aprender cuál es la relación de un país político con el pauperismo. En Inglaterra la miseria de los trabajadores no es parcial sino total; no se limita a los distritos fabriles, sino que se extiende a los distritos campesinos. Los movimientos sociales no se hallan en nacimiento; desde hace casi un siglo se repiten periódicamente.

Ahora bien, ¿cómo entiende la burguesía inglesa, junto con su gobierno y su prensa, el pauperismo?

En tanto que la burguesía inglesa confiesa que el pauperismo es *culpa de la política*, el *whig* tiene al *tory* y el *tory* al *whig* por la causa del pauperismo. Según el *whig*, la fuente principal del pauperismo se halla en el monopolio del latifundismo y la legislación que prohíbe la importación de cereales. Según el *tory* todo el mal reside en el liberalismo, la competencia, el sistema fabril llevado a la exageración. Ninguno de ambos partidos encuentra la razón del mal en la política a secas, sino en la política del partido opuesto. Una reforma de la sociedad es algo con lo que ambos partidos, ni sueñan.

La expresión más radical de la concepción inglesa del pauperismo —nos referimos siempre a la burguesía y gobierno ingleses— es la Economía nacional inglesa, es decir, el reflejo científico de la situación de la economía nacional inglesa.

Uno de los mejores y más famosos economistas nacionales de Inglaterra, conocedor de la situación actual y que tiene que poseer una visión de conjunto de la sociedad burguesa, Mac Culloch, discípulo del cínico Ricardo, to-

avía tiene el valor de aplicar en un curso público a la Economía, y con aprobación, lo que dice Bacon de la filosofía:

“un hombre que suspende su juicio con verdadera e incansable sabiduría, que avanza paso a paso, que vence uno tras otro los obstáculos que detienen como montes la marcha del estudio, alcanzará tarde o temprano esa cumbre de la ciencia donde se disfruta de la paz y de un aire puro, donde la naturaleza se ofrece a la vista en toda su belleza y de donde cómodos senderos permiten bajar hasta los últimos detalles de la praxis”.

¡Buen aire puro la atmósfera pestilente de los sótanos habitados en Inglaterra! ¡Gran belleza natural los fantásticos harapos de los pobres ingleses y la carne ajada y encogida de las mujeres devoradas por el trabajo y la miseria; los niños yacen en el estiércol, los abortos que produce el exceso de trabajo en la mecánica monótona de las fábricas! Y los más delicados detalles últimos de la praxis: ¡la prostitución, el asesinato y el patíbulo!

Incluso el sector de la burguesía que se ha percatado del peligro del pauperismo, lo concibe, así como sus remedios, de una forma no sólo singular sino, para decirlo sin rodeos, infantil y estúpida.

Así, por ejemplo, el Dr. Kay, en su folleto “Recent measures for the promotion of education in England”, lo reduce todo al descuido de la educación. ¡Adivínese por qué! Porque el trabajador, al faltarle la educación, no com-

prende las “leyes naturales del comercio”, leyes que le reducen necesariamente al pauperismo. Por eso se sublevaría. Y esto podría perturbar la prosperidad de las manufacturas y comercio ingleses, sacudir la confianza mutua de los comerciantes, reducir la estabilidad de las instituciones políticas y sociales.

Hasta tal punto llega la irreflexión de la burguesía inglesa y su prensa sobre el pauperismo, esa epidemia nacional de Inglaterra.

Supongamos, pues, que sean fundados los reproches dirigidos por nuestro “prusiano” a la sociedad *alemana*. ¿Será la razón el *apoliticismo* alemán? La burguesía de la *apolítica* Alemania no sabrá comprender la significación general de una calamidad parcial; pero, en cambio, la burguesía de la *política* Inglaterra sabe ignorar la significación general de la calamidad *parcial*; pero, en cambio, la burguesía de la *política* Inglaterra sabe ignorar la significación general de una calamidad universal, de una miseria que ha mostrado su significación general en parte repitiéndose periódicamente, en parte extendiéndose en el espacio y en parte por el fracaso de todos los intentos por remediarla.

El “prusiano” pone, además, a la cuenta del *apoliticismo* germano, el que el rey de Prusia atribuya el pauperismo a una *deficiencia administrativa* y *beneficencia*, y, por consiguiente, busque su remedio en normas de *administración* y *beneficencia*.

III. ADMINISTRACION PUBLICA Y PAUPERISMO

¿Es característica del rey de Prusia esta forma de ver las cosas? Echemos una ojeada a Inglaterra, el único país en el que se puede hablar de una gran acción *política* en torno al pauperismo.

La actual legislación inglesa sobre los pobres data de la ley contenida en el acta 43 del gobierno isabelino. ¿Cuál es el instrumentario previsto por esta ley? La obligación de las parroquias de apoyar a sus trabajadores pobres, la tasa de los pobres, la beneficencia legal. Dos siglos ha durado esta legislación: la beneficencia por el camino burocrático. ¿Cuál es tras largas y dolorosas experiencias el punto de vista del parlamento en su *Amendment Bill* de 1834?

Por lo pronto explica el terrible aumento del pauperismo por una *“deficiencia administrativa”*.

Así que se reforma la administración de la tasa de pobres, formada por funcionarios de las respectivas parroquias. Las parroquias son agrupadas aproximadamente de veinte en veinte en “uniones” que, a su vez, forman una administración única. Una oficina de funcionarios —Board of Guardians—, elegidos por los contribuyentes, se reúne un día determinado en la residencia de la unión y decide sobre la conveniencia de las ayudas. Estos despachos son dirigidos y vigilados por delegados del gobierno, la comisión central de *Somerset-House*, minis-

terio del pauperismo, como le llamó certeramente un francés.¹ El capital controlado por esta administración casi iguala la suma que cuesta el ejército en Francia. La cifra de administradores locales que trabajan para él, asciende a 500, y cada una de éstas ocupa a su vez por lo menos a una docena de funcionarios.

El parlamento inglés no se contentó con una reforma *formal* de la administración.

Según él, la fuente principal de la situación extrema del pauperismo inglés se encontraría en la misma *ley de pobres*. El medio legal contra la dolencia social, la beneficencia, alimentaría la dolencia social. Por lo que respecta al pauperismo en general, éste sería una *eterna ley natural*, de acuerdo con la teoría de Malthus:

“Puesto que la población tiende a crecer sin cesar más rápido que los medios de subsistencia, la beneficencia es una locura, un estímulo público a la miseria. Por tanto, el Estado no puede hacer otra cosa que entregar la miseria a su destino y a lo sumo aliviar la muerte de los miserables”.

El parlamento inglés une a esta filantrópica teoría la opinión de que el pauperismo es *la miseria de que son culpables los mismos trabajadores*; por tanto, en vez de prevenirla como una desgracia, hay que reprimirla y castigarla como un crimen.

De aquí viene el reglamento de los *workhouses*, es decir, de los asilos, cuya organiza-

ción interna *hace desistir* a los miserables de buscar refugio ante la muerte por hambre. En las *workhouses* la beneficencia se halla inteligentemente entreverada con la *venganza* del burgués contra el mísero que apela a su beneficencia.

De modo que Inglaterra ha buscado primero la aniquilación del pauperismo mediante la *beneficencia y medidas administrativas*. Luego, en el avance progresivo del pauperismo no vio la necesaria consecuencia de la *industria* moderna sino, al contrario, la consecuencia de la *tasa inglesa de pobres*. En la miseria universal no vio más que una *particularidad* de la legislación inglesa. Lo que antes se creyó provocado por una *falta de beneficencia*, se vio luego como consecuencia de un *exceso de beneficencia*. Por último, la miseria fue tenida por culpa de los miserables y como tal fue castigada en ellos.

El significado general que la *política* Inglaterra le ha sacado al pauperismo, se limita a que en el decurso del desarrollo y pese a las medidas administrativas, el pauperismo ha llegado a constituirse en una *institución nacional* y, por tanto, inevitablemente se ha convertido en el objeto de una administración complicada y enorme; pero esta administración *ya no* tiene por finalidad erradicarlo, sino *disciplinarlo, eternizarlo*. Esta administración ha renunciado a cerrar por medios *positivos* la fuente del pauperismo y se atiene a cavarle una tumba con policial ternura, en cuanto asciende a la superficie del país oficial. El Estado inglés, muy lejos de no conformarse con medidas de administración y beneficencia, ha café-

1. Eugene Buret. Somerst-House era un viejo palacio londinense, sede de varias instituciones estatales.

do muy por debajo de ellas. Actualmente se limita a administrar un pauperismo dotado de la desesperación de dejarse apresar y encerrar.

Así que hasta ahora el prusiano no ha demostrado nada especial en el procedimiento del rey de Prusia. Pero ¿por qué?, exclama el gran hombre con rara ingenuidad, "por qué no DISPONE INMEDIATAMENTE el rey de Prusia *la educación de todos los niños abandonados?*" ¿Y por qué comienza él, el "prusiano", dirigiéndose a las autoridades y esperando sus planes y propuestas?

Ese prusiano listillo se tranquilizará, cuando se entere de que el rey de Prusia es tan poco original en esto como en sus otras acciones; más aún, de que ha tomado el único camino que puede tomar un jefe de Estado.

Napoleón quiso acabar con la mendicidad de golpe. Con tal fin encargó a sus autoridades de preparar planes para la *erradicación de la mendicidad* en toda Francia. El proyecto se hacía esperar. Napoleón perdió la paciencia, escribió a su ministro del Interior, Crétet; le ordenó acabar con la mendicidad en el plazo de un mes, he aquí sus palabras:

"No podemos pasar por esta Tierra sin dejar huellas que recomienden nuestra memoria a las generaciones venideras. No me pidáis tres o cuatro meses más para realizar vuestras comprobaciones: disponéis de jóvenes auditores, prefectos inteligentes, ingenieros de caminos y puentes bien formados. Ponedles a todos en movimiento, no os durmáis en la rutina burocrática."

En pocos meses se había cumplido todo. El 5 de julio de 1808 se publicaba la ley reprimiendo la mendicidad. ¿Cómo? Con los *dépôts* de custodia policial de personas, tan rápidamente convertidos en cárceles, que pronto los pobres sólo ingresarían en esas instituciones a través del tribunal de delitos menores. Y, sin embargo, M. Noailles du Gard, diputado legislativo exclamó entonces:

"Eterno agradecimiento al héroe que garantiza a la necesidad un refugio y a la pobreza el alimento. La infancia ya no se hallará abandonada, las familias pobres no carecerán ya de recursos ni los trabajadores de aliento y ocupación. Nuestros pasos ya no tendrán que detenerse ante el espectáculo desagradable de las enfermedades y de la vergonzosa miseria".

El último pasaje es con su cinismo la única verdad de este elogio.

Si Napoleón se remite al conocimiento de causa de sus auditores, prefectos, ingenieros, ¿por qué no el rey de Prusia a sus funcionarios?

¿Por qué no dispuso Napoleón la *inmediata* supresión de la mendicidad? El mismo valor que esta pregunta tiene la del "prusiano": "¿Por qué no dispone inmediatamente el rey de Prusia la educación de los niños abandonados?" ¿Es que sabe el prusiano lo que tendría que disponer el rey? Nada menos que la *aniquilación del proletariado*. Para educar niños hay que *alimentarlos* y liberarlos del *trabajo asalariado*. La alimentación y educación de to-

do el proletariado *en ciernes*, sería la *aniquilación* del proletariado y del pauperismo.

La *Convención* tuvo por un momento el valor de *disponer la supresión* del pauperismo, aunque no "inmediatamente", como lo reclama el "prusiano" de su rey; al contrario: primero encargó al *Comité de salud public* la elaboración de los planes y propuestas necesarios; luego el mismo Comité estudió las amplias investigaciones de la Asamblea constituyente sobre el estado de la miseria en Francia y a continuación Barère propuso la publicación del "Livre de la bienfaisance nationale", etcétera. ¿Qué consecuencias tuvo la orden de la Convención? Que el mundo contara con una disposición más y un año después mujeres hambrientas asediaron la Convención.

Y, sin embargo, la Convención fue el *máximo de energía política*, de *poder político* y de *entendimiento político*.

Inmediatamente, sin consultarlo con las autoridades, *no hay* gobierno en el mundo que haya decretado *órdenes* sobre el pauperismo. El Parlamento inglés llegó a enviar comisarios a todos los países europeos, para estudiar los diversos remedios administrativos contra el pauperismo. Pero en tanto los Estados se han ocupado del pauperismo, no han pasado de *medidas administrativas* y de *beneficencia* o incluso han caído por debajo de eso.

IV. LA ADMINISTRACION PUBLICA CAPITALISTA

¿Es que puede proceder de otro modo el Estado?

El *Estado* no encontrará *nunca* la causa de las *dolencias sociales* en el "Estado y la organización social", tal y como lo exige el prusiano de su rey. Allí donde existen partidos políticos, cada uno encuentra la razón de *todos* los males en el hecho de que es su adversario y no él quien se encuentra al *timón del Estado*. Incluso los políticos radicales y revolucionarios buscan la causa del mal no en la *esencia* del Estado, sino en una forma concreta de *Estado*, que es lo que quieren sustituir por otra forma.

El Estado y la organización de la sociedad no son, desde el punto de vista político, dos cosas diferentes. El Estado es la organización de la sociedad. En la medida en que reconoce males sociales, atribuye la razón de los mismos ora a leyes naturales, que no está en el poder de los hombres cambiar, ora a la vida privada de los individuos, que es independiente de él, o bien, a deficiencias de la administración que le está subordinada. Así, Inglaterra tiene la miseria por basada en la ley *natural* según la cual la población siempre tiene que crecer más de prisa que los medios de producción. Por otra parte, explica el *pauperismo* con la *mala voluntad de los pobres*, lo mismo que el rey Prusia recurre para ello a su falta de *sentimientos cristianos entre los ricos* y la Convención a la *sospecha actitud contrarrevolucionaria* de los *propietarios*. En consecuencia Inglaterra castiga a los pobres, el rey de Prusia amonesta a los ricos y la convención decapita a los propietarios.

En última instancia, *todos* los Estados buscan la causa en las *deficiencias accidentales* o *intencionales* de la *administración*, de suerte

que el remedio consiste en reformar la administración. ¿Por qué? Precisamente porque la **administración** es la actividad **organizadora** del Estado.

La contradicción entre la decisión y la buena voluntad de la administración, por una parte, y sus riquezas y recursos, por la otra, no las puede abolir el Estado, sin abolirse a sí mismo, ya que se basa en esta contradicción. El Estado se basa en la contradicción entre vida pública y vida privada, entre intereses generales e intereses particulares. Por tanto, la administración tiene que limitarse a una actividad **formal y negativa**, toda vez que su poder termina donde comienzan la vida y el trabajo burgueses. Más aún, frente a las consecuencias que brotan de la naturaleza antisocial de esta vida burguesa, de esta propiedad privada, de este comercio, de esta industria, de este mutuo saqueo de los diversos sectores burgueses, **la impotencia es la ley natural de la administración**. Y es que este desgarramiento, esta vileza, este **esclavismo de la sociedad burguesa**, es el fundamento natural en que se basa el Estado **moderno**, lo mismo que la **sociedad burguesa del esclavismo** fue el fundamento natural en que se apoyaba el Estado **antiguo**. La existencia del Estado y la de la esclavitud son inseparables. El Estado antiguo y la esclavitud antigua —contraste clásico y sin tapujos— no se hallaban unidos entre sí más íntimamente que el moderno Estado y el moderno mundo del lucro —hipócrita contraste cristiano—. Si el Estado moderno quisiese abolir la **impotencia** de su administración, tendría que abolir la actual **vida privada**. Y de querer abolir la vida priva-

da, tendría que acabar consigo mismo, ya que **sólo** existe por oposición a ella. Pero no hay un ser vivo que crea fundados los defectos de su existencia en su principio vital, en la esencia de su vida, sino en circunstancias que le son extrínsecas. El **suicidio** es antinatural. Por tanto el Estado no puede creer en la impotencia intrínseca de su administración, o sea, de sí mismo. Lo único de que es capaz es de reconocer defectos formales, accidentales y tratar de remediarlos. ¿Que estas **modificaciones** no solucionan nada? Entonces, la dolencia social es una imperfección natural, independiente del hombre, una **ley divina**; o la voluntad de la gente privada se halla demasiado pervertida como para corresponder a las buenas intenciones de la administración, ¡y cómo lo tergiversan todo!: se quejan del gobierno en cuanto limita la libertad y exigen de él que impida sus inevitables consecuencias.

Cuanto más poderoso es el Estado y, por tanto, **más** político es un país, tanto menos dispuesto se halla a buscar la razón de las dolencias sociales en el **principio del Estado** —o sea, en la actual organización de la sociedad, de la que el Estado es expresión activa, consciente y oficial—, tanto menos dispuesto se halla a comprender que el Estado es el principio **universal** de esas dolencias. La razón **política** es precisamente razón política, porque piensa sin salirse de los límites de la política. Cuanto más aguda, cuanto más viva, tanto más incapaz es de comprender las dolencias sociales. La época clásica de la razón política es la Revolución francesa. Lejos de ver en el Estado la fuente de los defectos sociales, los héroes

de la Revolución francesa ven en los defectos sociales la fuente de los males políticos. Así, para Robespierre, la extrema pobreza y la gran riqueza son sólo un obstáculo de la pura democracia. Por consiguiente, trata de establecer una frugalidad espartana general. El principio de la política es la *voluntad*. Cuanto más parcial, o sea, cuanto más perfecta es la razón *política*, tanto más cree en la omnipotencia de la voluntad, tanto mayor es su ceguera frente a los límites naturales y mentales de la voluntad, tanto más incapaz es, por tanto, de descubrir la fuente de las dolencias sociales. No hace falta decir más contra la estúpida esperanza del "prusiano" que hace de la "razón política" la instancia llamada a "descubrir la raíz de la miseria social en Alemania".

V. EPILOGO

No sólo era disparatado suponerle al rey de Prusia un poder de que no dispusieron la Convención y Napoleón juntos. Disparatado era atribuirle una forma de ver las cosas que superaría los límites de *cualquier* política, una forma de ver las cosas de la que el mismo "prusiano" sabio no se halla más cerca que su rey. Toda esta declaración era tanto más disparatada, por cuanto el mismo "prusiano" nos confiesa:

"Las buenas palabras y la buena intención son BARATAS. El conocimiento de causa y las acciones eficaces son CAROS, y en este caso, MAS QUE CAROS, ni si-

quiera SE HALLAN AUN A LA VENTA".

Si son tan inaccesibles, entonces claro que habrá que ensalzar a todo el que desde su puesto hace lo que puede. Por lo demás dejo al tacto del lector si en esta ocasión el mercantilista lenguaje de gitanos "barato", "caro", "aún no se halla a la venta" pertenece a la categoría de las "buenas palabras" y de la "buena intención".

Supongamos, por tanto, que las observaciones del "prusiano" sobre el gobierno y la burguesía alemanes —éstas se hallan contenidas sin duda en la "sociedad alemana"— sean perfectamente fundadas. ¿Es que esta parte de la sociedad se halla más desconcertada en Alemania que en Inglaterra y Francia? ¿Cabe hallarse más desconcertado que, por ejemplo, en Inglaterra, donde del desconcierto se ha hecho un sistema? Cuando hoy en día estallan levantamientos obreros en toda Inglaterra, burguesía y gobierno no saben mejor que en el último tercio del siglo XVIII lo que hacer. Lo único que se les ocurre es la violencia material; y como esta fuerza decrece en el mismo grado en que se extienden el pauperismo y la madurez mental del proletariado, el desconcierto inglés no puede sino crecer en proporción geométrica.

Falso, falso de hecho es por último el que la burguesía alemana ignore por completo la significación universal del levantamiento de Silesia. En varias ciudades los maestros tratan de asociarse con los oficiales. Todos los períodos liberales en Alemania, los órganos de la burguesía liberal, rebosan de organización del

trabajo, reforma de la sociedad, crítica de los monopolios y de la competencia, etc. Todo como consecuencia de los movimientos obreros. Los periódicos de Tréveris, Aquisgrán, Colonia, Wessel, Mannheim, Bratislava y hasta de Berlín, traen con frecuencia artículos sociales muy claros, que el "prusiano" en todo caso podría leer con provecho. Incluso cartas desde Alemania no hacen más que expresar su admiración por lo débil de la oposición burguesa

frente a las tendencias e ideas sociales.

Si el "prusiano" conociese mejor la historia del movimiento social, habría planteado su pregunta a la inversa. ¿Cómo es así que incluso la burguesía alemana interpreta la emergencia parcial de un modo relativamente tan universal? ¿De dónde proviene la animosidad y el cinismo de la burguesía *política*, de dónde la *falta de resistencia* y las *simpatías de la burguesía* apolítica *con respecto al proletariado*?